

RESEÑAS Y FICHAS

George Padmore Vida y lucha de los trabajadores negros y otros textos de crítica anticolonial y panafricana (Traducción, edición y estudio preliminar de Juan Francisco Martínez Peria),

Marisa Pineau.

Ragas, José, Los años de Fujimori (1990-2000),

Andrea Ocampo.

Lopes dos Santos, Ynaê. Racismo brasileiro. Uma história da formação do país,

Diego A. Molina.

Harmer, Tanya, El gobierno de Allende y la guerra fría interamericana,

Facundo Altamirano.

Luis A. Escobar, Francisco Ayala, Exilio español en Argentina y renovación de la sociología latinoamericana,

Martín Vicente.

Altamirano, Carlos, La invención de Nuestra América. Obsesiones, narrativas y debates sobre la identidad de América Latina,

Nicolás Freibrun.

Cámara, Mario, El archivo como gesto. Tres recorridos en torno a la modernidad brasileña,

Florencia Donadi.

Bruno, Paula; Pita, Alexandra; Alvarado, Marina. Embajadoras culturales. Mujeres latinoamericanas y vida diplomática,

Flavia Fiorucci.

Castro-Gómez, Santiago, El tonto y los canallas. Notas para un republicanismo transmoderno,

Agustín Muratore.

Lebrón Ortiz, Pedro, Filosofía del cimarronaje,

Martín Mitidieri.

Silvina Cormick (editora), Mujeres Intelectuales de América Latina,

Mayra Brabo.

**ALTAMIRANO, CARLOS**

La invención de Nuestra América. Obsesiones, narrativas y debates sobre la identidad de América Latina. Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2021, 218 pp.

Nicolás Freibrun (UNMdP/UNSAM)

Como ya lo había hecho en la Introducción general de la *Historia de los intelectuales en América Latina* y en *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*, Carlos Altamirano retoma en este libro la inquietud por las sociabilidades intelectuales como uno de los capítulos fundamentales de la historia de América latina, pero ahora lo hace en el marco más amplio de los debates sobre la formación de la identidad de nuestro continente. Organizado en siete capítulos escritos en distintos momentos de los últimos años, el autor señala “*que el desvelo por la identidad podría ofrecer el eje para una historia intelectual de América Latina*”. En el último capítulo, que oficia de apéndice y reflexión final, la preocupación por la identidad se plantea como un programa abierto, a pesar de los discursos homogeneizadores que sostienen a una cada vez más precaria globalización. En efecto, ¿cómo podría agotarse una cuestión que no solo convoca conflictos políticos sino también de orden interpretativo? Y Altamirano responde, una vez más, desde una historia intelectual preocupada por reponer los discursos y debates sobre la identidad de América latina en sus contextos de invención, convocando sus usos, significados y agentes. Si toda historia es también la historia de sus textos y discursos, el lector puede distinguir desde el inicio que cualquier conclusión sobre la identidad americana es parcial.

El prisma desde el cual indagar en las múltiples capas que reviste la noción de identidad supone ir en busca de las ideas y los discursos producidos por las élites políti-

cas y culturales en estas zonas del mundo. A través de distintas denominaciones que cruzan a la historia política del continente, “Nuestra América” y “América latina” serán finalmente los nombres que cifren una identidad en el tiempo. La pregunta sobre el carácter inventivo de la identidad cultural Altamirano buscará responderla a través de una serie de objetos textuales, desde la documentación histórica pasando por la literatura. La misma idea de invención, clave a lo largo del libro, permite indagar los proyectos políticos e intelectuales que ponen a jugar los grupos letrados en una Nueva América como promesa. Si, en efecto, todo proceso de invención conlleva una dimensión ficcional, es porque la elaboración de distintos lenguajes que intentaron captar los “momentos” de la identidad latinoamericana están hechos tanto de un “discurso histórico” como de un “discurso ficcional”, según dijera Hayden White.

El aspecto construido y no esencializado en la elaboración de las identidades se planteará sobre todo a partir de las guerras por la independencia en torno a las categorías políticas de pueblo y soberanía. Parafraseando a Benedict Anderson, se trata ni más ni menos que de “imaginar comunidades”. O de entender a la “nación como problema” y no como algo dado, según la mirada de Elías Palti. Pero también aparece la pregunta, por cierto compleja, sobre si es posible imaginar un pueblo y una comunidad con anterioridad a las guerras de independencia y a la construcción de los Estados nacionales.



En uno de sus capítulos más interesantes, Altamirano aborda estos interrogantes reconstruyendo la genealogía del concepto “criollo” como identidad política y americana, como posible sujeto.

¿Hay una identidad criolla consolidada previa a las luchas por la independencia y la emancipación, o más bien se forjará en el tiempo de la política y de los discursos letrados, ya bien avanzado el siglo XIX? Una parte del drama de ser latinoamericano se condensará alrededor de esta cuestión, atravesada por el indio, la raza, el mestizaje, las modulaciones de la lengua y la misma condición de hijos de españoles nacidos en estas tierras. La figura del criollo permite observar cómo una identidad puede ser el resultado articulado de ciertos juegos de desplazamientos en el tiempo. Serán las rupturas políticas y los discursos de las élites que sostenían las nuevas legitimidades las que ordenaran estas clasificaciones. En este sentido, Altamirano rastrea los usos, negativos y positivos, que comporta asumir una identidad que desde el centro del poder español es vista como minoritaria y desplazada, pero que es por ese mismo movimiento que logra algún tipo de afirmación. De allí que el enigma de la identidad anide en el proceso de identificación, en aquel gesto por el cual un sujeto la reconoce e incorpora. Merece llamar la atención sobre otras de las rutas por las que se desplaza la historia intelectual que el autor recorre. Me refiero a aquella que capta cómo funcionan los discursos en los distintos contextos que desarrollan y promueven las clases cultas o letradas, y que más tarde, con la ampliación de la esfera pública, llevarán el nombre de *intelligentsia* o intelectuales. Esta discusión también propone diferentes momentos en torno al creciente distanciamiento con el mundo colonial, así como las marcas e influencias producidas en la lengua y en el pensamiento latinoamericano.

Si la identidad criolla cruzó una parte importante de la

imaginación del siglo XIX, proyectando los contornos posibles de una nacionalidad, la cuestión del Americanismo será otro tópico predilecto de los programas intelectuales del siglo XX. Alrededor de personalidades destacadas como el mexicano Alfonso Reyes, el dominicano Pedro Enríquez Ureña o el propio Jorge Luis Borges, que orbitaban en la constelación de la revista *Sur*, Altamirano coloca la discusión sobre la conformación de una “inteligencia americana” (la expresión es de Alfonso Reyes). No era ajeno a este momento de la empresa intelectual latinoamericana la crisis profunda que atravesaba Europa luego de la primera guerra mundial, a la que algunos intelectuales del viejo continente caracterizaban con el signo de la *decadencia*, siguiendo a Oswald Spengler.

Por ejemplo, en Borges, el distanciamiento con España y luego parcialmente de Europa revelaba una estrategia sobre los caminos a seguir por el escritor argentino y sudamericano. Un tipo de tensión entre lo universal y lo particular y entre el centro y la periferia atravesaba a éste *otro* Occidente, al que según Borges pertenecemos de un modo inevitable por el derecho de nuestra propia inventiva. Recordemos que el escritor argentino puede manejarse de un modo irreverente frente a todos los temas literarios, “sin supersticiones”, pues la tradición no es una roca inamovible en el pasado, sino una cantera en la que los escritores argentinos, sin culpa ni pedido de disculpa, pueden echar mano y apropiársela. No muy lejos de esa discusión se ubicaba aquél otro debate sobre la originalidad del pensamiento latinoamericano, la idea de copia y las resignificaciones culturales. Este tópico es extensible al terreno de las categorías de pensamiento que utilizamos para explicar nuestra realidad y que Altamirano no deja de percibir.

En un texto clásico, Roberto Schwarz hacía una pregunta que será vital para imaginar cualquier proyecto político o intelectual que desee comprender y transformar



su realidad periférica. En *As ideias fora do lugar*, el intelectual brasileño preguntaba: ¿las ideas y categorías que utilizamos para conocer esta zona del mundo son apropiadas y justas o están fuera de lugar? La cuestión remite, por un lado, a la relación entre los usos de las ideas y sus contextos de aplicación. Por otro lado, a la relación entre las ideas y las formas políticas que supuestamente encarnan institucionalmente. En efecto, ¿cuán republicanas y liberales eran nuestras formas de gobiernos representativos? Para Schwarz, de lo que se trata de pensar, es por qué algunas ideas y no otras están en una realidad determinada. De aquí que interroge las condiciones de circulación de las ideas liberales en el Brasil del siglo XIX en un contexto sociopolítico que tenía poco de liberal. Para él, que escribe en los años '70 del siglo XX, ese problema aún no había tenido solución, porque la apropiación de ciertas ideas por parte de los grupos portadores del capital simbólico de una nación periférica define un tipo de interpretación de la realidad. En este sentido, la recepción de las ideas no es un acto pasivo sino hermenéutico y de traducción, es decir político. El problema que señala Schwarz aparecerá a través del libro de Altamirano en otras estaciones de la consciencia latinoamericana, como fue el antinorteamericanismo, el movimiento modernista o las posteriores problemáticas vinculadas al subdesarrollo y la dependencia. En todos los casos, el énfasis está en dar cuenta de esa misma condición latinoamericana.

Carlos Altamirano propone como cierre de su trabajo un capítulo de balance teórico sobre el concepto de identidad. Categoría relativamente reciente en el campo intelectual, su expansión y estilización le debe mucho a las ciencias sociales y a la especialización que se produce en el siglo XX en ese terreno. En tradiciones del discurso como el psicoanálisis, la antropología, la sociología o la teoría política, la cuestión de la identidad se ha ido incor-

porando a sus agendas de investigación por las problemáticas que convocan la alteridad y el reconocimiento del otro. La historia de América latina es en gran medida la historia de la invención de su identidad y de sus múltiples intentos. El valor del libro de Carlos Altamirano está en reponer los discursos de esas apuestas, porque aún permanecen abiertas interrogando a nuestro presente.